

LUIGI PIRANDELLO

UNO, NINGUNO
Y CIEN MIL

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Uno, nessuno e centomila*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2004 by Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milano
and Familiari Pirandello, Roma
© de la traducción, 2004 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-92649-78-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 39 040-2010

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN EN ESTA COLECCIÓN *noviembre de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I
MI MUJER Y MI NARIZ

—¿Qué haces?—me preguntó mi mujer al ver que me entretenía de manera inusitada delante del espejo.

—Nada—le respondí—, me estoy mirando dentro de la nariz, en esta aleta. Al apretarme, noto un dolorcillo.

—Creía que te mirabas de qué lado la tienes torcida.

Me volví como un perro al que hubieran pisado el rabo.

—¿La tengo torcida? ¿Yo? ¿La nariz?

A lo que mi mujer repuso tan tranquila:

—Pues sí, querido. Míratela bien: la tienes torcida hacia la derecha.

Tenía yo veintiocho años y hasta entonces siempre había considerado mi nariz, si no propiamente bonita, al menos muy presentable, igual que el resto de partes de mi persona. Por ello me había sido fácil admitir y sostener lo que acostumbra a admitir y sostener todos aquellos que no han tenido la desgracia de recibir en suerte un cuerpo deforme, es decir, que es de necios envanecerse de las propias facciones. Por eso, el descubrimiento imprevisto e inesperado de aquel defecto me irritó como si fuera un castigo inmerecido.

Quizá mi mujer vio mucho más profundamente que yo en aquella irritación mía y se apresuró a añadir que, si

me preciaba de no tener el menor defecto, no tardaría en desengañarme, porque, así como la nariz la tenía torcida hacia la derecha, del mismo modo...

—¿Qué más?

¡Ah, más, más cosas! Mis cejas parecían, sobre los ojos, dos acentos circunflejos, ^ ^, mis orejas estaban como mal pegadas, sobresaliendo una más que la otra; y otros defectos...

—¿Más aún?

Pues sí, más aún: en las manos, el dedo meñique; y en las piernas (¡no, torcidas no!), la derecha, un poquito más arqueada que la izquierda: hacia la rodilla, un poquito.

Tras un atento examen hube de reconocer que todos estos defectos eran ciertos. Y sólo entonces mi mujer, tomando sin duda por dolor y humillación el asombro que sentí inmediatamente después de la irritación, con el fin de consolarme me exhortó a que no me afligiera demasiado por ello, pues incluso con estos defectos seguía siendo, a fin de cuentas, un hombre apuesto.

Desafío a no irritarse a quien reciba como concesión graciosa lo que antes le ha sido negado como derecho. Solté un venenosísimo «gracias» y, convencido de no tener ningún motivo para sentirme afligido ni humillado, no di ninguna importancia a esos leves defectos, pero sí una grandísima y extraordinaria al hecho de que durante muchos años había vivido sin cambiar nunca de nariz, siempre con ésa, y con esas cejas y esas orejas, esas manos y esas piernas, y que tenía que haber esperado a tomar mujer para darme cuenta de que las tenía defectuosas.

—¡Uh, pues vaya sorpresa! ¿No sabemos todos cómo son las mujeres? Están hechas que ni pintadas para descubrir los defectos del marido.

Sí, claro, las mujeres, no lo niego. Pero también yo, si me lo permitís, en aquella época era de tal manera que, ante cualquier palabra o mosca que volara, me sumía en abismos de reflexión y de consideraciones que me minaban por dentro y perforaban mi espíritu por el derecho y por el revés, como una topera; sin dejar que nada de ello se trasluciera.

—Se ve—diréis vosotros—que tenías todo el tiempo del mundo que perder.

No, no. Era por el estado de ánimo en que me encontraba. Pero, por lo demás, sí, también por mi ociosidad, no lo niego. Rico como era, dos amigos de confianza, Sebastiano Quantorzo y Stefano Firbo, se ocupaban de mis asuntos tras la muerte de mi padre; el cual, por más que lo había intentado, por las buenas y por las malas, no había conseguido hacerme terminar nunca nada, excepto, eso sí, casarme muy joven, acaso con la esperanza de que al menos tuviera pronto un hijo que no se me pareciera en nada; y, pobre hombre, ni siquiera esto pudo conseguir de mí.

Pero, cuidado, no es que opusiera yo resistencia a seguir el camino por el que mi padre me encaminaba. Los seguía todos. Pero avanzar, lo que se dice avanzar, no lo hacía. Me detenía a cada paso; me ponía primero de lejos, luego cada vez más cerca, a dar vueltas en torno a cualquier piedrecita que encontrara, no sin gran asombro de que los demás pudieran pasar de largo sin prestar atención a esa piedrecita que para mí, mientras tanto,

había adquirido las proporciones de una montaña insuperable, o mejor dicho, de un mundo en el que hubiera podido quedarme sin duda a vivir.

Y así me había quedado parado al comienzo de muchos caminos, con mi mente rebosante de mundos, o de piedrecitas, que viene a ser lo mismo. Pero no me parecía en absoluto que aquellos que se me habían adelantado y recorrido todo el camino supieran sustancialmente más que yo. Se me habían adelantado, de eso no cabe duda, y briosos cual potrillos; pero luego, al final del camino, habían encontrado un carro: su carro, al que les habían uncido con mucha paciencia, y ahora tiraban de él. Yo, en cambio, no tiraba de ningún carro, y por eso no llevaba ni riendas ni anteojeras; tenía mucha más vista que ellos; pero ir, no sabía adónde ir.

Ahora bien, volviendo al descubrimiento de esos leves defectos, me sumí, así pues, de inmediato, en la reflexión de que no conocía bien—¿era posible?—ni siquiera mi propio cuerpo, todo aquello que me pertenecía de forma más íntima: la nariz, las orejas, las manos, las piernas. Y volvía a mirármelas para someterlas a un nuevo escrutinio.

Y así comenzaron mis males. Esos males que en poco tiempo habían de reducirme a un estado mental y físico tan deplorable y desesperado, que sin duda me hubiera muerto o vuelto loco de no haber encontrado (como contaré) el remedio que había de curarme.

II
¿Y VUESTRA NARIZ?

Ya en seguida me figuré que todos, puesto que mi mujer los había descubierto, todos debían de darse cuenta de mis defectos físicos y que no advertían en mí nada más.

—¿Qué, me miras la nariz?—le pregunté de sopetón ese mismo día a un amigo que se me había acercado para hablarme de no sé qué asunto de su interés.

—No. ¿Por qué?—me dijo él.

Y yo, sonriendo nerviosamente, respondí:

—La tengo torcida hacia la derecha, ¿no lo ves?

Y le obligué a una detenida y atenta observación, como si aquel defecto fuera una avería irreparable que se hubiera producido en el mecanismo del universo.

Mi amigo me miró un tanto asombrado; luego, sospechando sin duda que había sacado tan de repente y sin venir a cuento la cuestión de mi nariz porque no consideraba digno de atención y de respuesta el asunto del que él me hablaba, se encogió de hombros e hizo ademán de largarse para dejarme plantado. Yo le cogí por un brazo y le dije:

—No, quiero que sepas que estoy dispuesto a hablar contigo de ese asunto; pero en este momento debes disculparme.

—¿Piensas en tu nariz?

—Nunca había advertido que la tenía torcida hacia la derecha. Esta mañana, mi mujer ha hecho que me diera cuenta de ello.

—¿De veras?—me preguntó entonces mi amigo; y en

sus ojos se reflejó una incredulidad que tenía también algo de burla.

Me quedé mirándolo igual que a mi mujer por la mañana, es decir, con una mezcla de humillación, de irritación y de asombro. Entonces, ¿también él hacía tiempo que lo había notado? ¡Y quién sabe cuántos con él! Y yo no lo sabía, y al no saberlo, creía que para todos era yo un Moscarda con la nariz recta, cuando, por el contrario, para todos yo era un Moscarda con la nariz torcida; y quién sabe cuántas veces había hablado, inocentemente, de la nariz defectuosa de Fulanito y de Menganito y cuántas veces por eso no habría hecho reír a los demás y pensar:

«¡Pero mira a ese pobre hombre que habla de los defectos de la nariz ajena!»

Verdad es que hubiera podido consolarme pensando que, al fin y al cabo, mi nariz era normal y corriente, lo cual venía a demostrar una vez más un hecho archisabido, o sea, que notamos fácilmente la paja en el ojo ajeno pero no la viga en el propio. Pero el primer germen del mal había comenzado a echar raíces en mi espíritu y no pude consolarme con esta reflexión.

En cambio, me obsesioné pensando que yo no era para los demás aquel que hasta entonces, para mí, me había figurado ser.

Por el momento pensé sólo en el cuerpo y, como aquel amigo seguía plantado delante de mí con aquel aire de burlona incredulidad, para vengarme le pregunté si él, por su parte, sabía que tenía en la barbilla un hoyuelo que se la dividía en dos partes no del todo iguales; una más prominente de un lado y otra más rehundida del otro.

—¿Yo? ¡Qué va!—exclamó mi amigo—. Ya sé que tengo el hoyuelo, pero no como tú dices.

—Entremos en esa barbería y verás—le propuse al instante.

Cuando mi amigo, una vez que hubo entrado en la barbería, advirtió asombrado el defecto y reconoció que era cierto, no quiso dar muestras de irritación por ello; dijo que eso, a fin de cuentas, era una nimiedad.

Sí, claro, una nimiedad, sin duda; sin embargo, vi, siguiéndole de lejos, que se detenía primero delante de un escaparate, y acto seguido delante de otro; y más allá aún y durante más rato, por tercera vez, ante el espejo de una puerta cristalera para mirarse la barbilla; y estoy seguro de que, apenas llegar a su casa, se fue corriendo hasta el armario de luna para tomar nueva conciencia más cómodamente delante de aquel otro espejo de ese nuevo defecto. Y no me cabe la más mínima duda de que, para vengarse a su vez, o bien para seguir con una broma que le pareció merecía una más amplia difusión en la ciudad, tras haber preguntado a algún amigo (como yo a él) si había notado alguna vez aquel defecto en su barbilla, debió de descubrir él algún otro defecto en la frente o en la boca de ese amigo suyo, el cual, a su vez...—¡pues sí!, ¡pues sí!—me atrevería a jurar que durante varios días seguidos en la noble ciudad de Richieri¹ yo vi (si es que no eran imaginaciones mías) a un número muy considerable de conciudadanos míos pasar de un escaparate a otro y pararse delante de cada uno de ellos para observarse, en

¹ Topónimo imaginario frecuente en la obra de Pirandello. (N. del T.)

la cara, uno un pómulo, otro la comisura de un ojo, un tercero el lóbulo de una oreja y otros una aleta de la nariz. E incluso al cabo de una semana se me acercó uno con aire perdido para preguntarme si era cierto que, cada vez que se ponía a hablar, contraía sin advertirlo el párpado del ojo izquierdo.

—Sí, amigo—le respondí yo precipitadamente—. Y, ¿ves?, yo la nariz la tengo torcida hacia la derecha; pero lo sé por mí mismo; no hace falta que tú me lo digas. ¿Y qué me dices de las cejas? ¡Las tengo en forma de acento circunflejo! Las orejas, mira, tengo ésta más salida que la otra; y aquí tienes las manos, planas, ¿eh? Y la juntura deformada de este meñique. ¿Y qué me dices de mis piernas? ¿Te parece que ésta es como la otra? No, ¿eh? Pero lo sé por mí mismo y no necesito que tú me lo digas. Que te vaya bien.

Le dejé plantado y me fui. A los pocos pasos oí que me llamaba de nuevo:

—¡Pss!

De lo más tranquilo, con el dedo, me pedía que me acercara para preguntarme:

—Perdona, ¿tuvo tu madre, después de ti, algún otro hijo?

—No, ni antes ni después—le respondí yo—. Soy hijo único. ¿Por qué lo dices?

—Porque—me respondió él—si tu madre hubiera tenido otro hijo, habría sido sin duda otro varón.

—¿Ah, sí? ¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque dicen las mujeres de pueblo que cuando a un recién nacido le terminan los pelos del cogote en una coletita como la que tú tienes aquí, el que nazca a continuación será varón.

Me llevé la mano al cogote y con una sonrisa maliciosa le pregunté:

—¡Ah, así que tengo una...! ¿Cómo has dicho?

Y él me contestó:

—Una coletita, así la llaman en Richieri.

—¡Oh, pero sí esto no es nada!—exclamé yo—. ¡Puedo hacérmela cortar!

Él negó primero con el dedo y luego manifestó:

—Por más que te la hagas cortar, siempre queda la señal, amigo.

Y esta vez fue él quien me dejó plantado a mí.

III

¡BONITA MANERA DE ESTAR SOLOS!

A partir de aquel día ardí en deseos de estar solo, al menos durante una hora. Pero lo cierto es que, más que de un deseo, se trataba de una necesidad: una necesidad aguda, apremiante, desazonante, que la presencia o proximidad de mi mujer exasperaba hasta la rabia.

—¿Oíste, Gengè,² lo que dijo ayer Michelina? Quantorzo ha de hablar contigo urgentemente.

—Dime, Gengè, si se me ven las piernas al ponerme la falda así.

—Se ha parado el reloj de péndulo, Gengè.

—Gengè, ¿no sacas ya a la perrita? Luego dices que

² Mi mujer había sacado de Vitangelo, que tal por desgracia es mi nombre, este diminutivo, y me llamaba así; no sin razón, como se verá. (N. del A.)